

denunciados. Sobre esto se esplicaba así este elocuente apologista:
 »; O sentencia, que por sí misma descubre nuestra inocencia y su injusticia! ; Conque el Cristiano no es condenado por ser reo, sino por ser el blanco de la envidia y malignidad de los delatores! ; El tormento destinado por las leyes para sacar la confesion de los reos, le empleais con el fin de formar nuestras lenguas al perjurio! ; Nosotros confesamos lo que somos, y vosotros quereis que digamos lo que no somos; y siendo así que á otros no los crecis cuando niegan, á nosotros nos creeriais si mintiéramos! Luego en vuestro proceder se ve, que el delito del Cristiano no es otro que su nombre y su constancia en la fe, y que con la apostasia podria librarse del cadalso y de todos los males de la persecucion.»

»No obstante, ya veis que persevera, y que cuanto mas probais su fe con los tormentos, mas pura y constante la hallais, como que crece en los tormentos en lugar de rendirse.»
 Por un fiel á quien quitaban la vida se convertian millares de infieles, y la sangre vertida de un Cristiano era una semilla tan fecunda que fructificaba en las tierras mas ingratas. Ya vimos que los publicanos, las mugeres prostitutas, los gladiadores y los cómicos se convertian de repente en apologistas é imitadores de los Mártires. Muchos se condenaban á un destierro voluntario, y llevaban consigo la luz del Evangelio á las estremidades mas tenebrosas del mundo idólatra, y como dice San Agustin, eran como aquellas grandes antorchas que cuanto mas las agitan arrojan mas resplandor. Tales fueron las divinas causas de que en los primeros siglos se multiplicasen prodigiosamente los adoradores de un Dios crucificado, no solo cerca de los lugares en donde nació, sino en todos los pueblos; y como dice San Ire-

neo, en Libia, en España, en las Galias, y en los parages mas rústicos de la Germania.

No nos digan á esto que tambien se establecieron otras sectas: porque ¿quién no sabe los infames y violentos medios que fundaron estos fantasmas de religion? y así mas razon hay de admirarse de que no hayan sido mas bien sostenidas, supuesto que lisongean las inclinaciones depravadas de la naturaleza. No trato ahora de dar á conocer el flaco del mahometismo, pero ya se le puede juzgar por esta regla. ¿Qué maravilla es que un entusiasta atrevido con la cimitarra en una mano, y en la otra el cebo de los mas sucios deleites, que sentó por basa de su legislacion la estúpida ignorancia, que tomó de cada religion lo mas acomodado á las inclinaciones y preocupaciones, suprimiendo todo lo demás, que sacrificó los hombres mas ilustrados y capaces de oponerse á sus invenciones; qué maravilla es, vuelvo á decir, que semejante legislador arrastrase consigo los paises mas groseros y viciosos, y los hombres embrutecidos que ponian la felicidad en los placeres sensuales, y la honra en la fuerza y en el robo? ¿Será por ventura prodigio, que los primeros heresiarcas Ebion, Marcion, Basíides y Valentino, con todos los Gnósticos y los discípulos de Manes formasen partidos numerosos, presentando los sueños impuros del paganismo bajo una forma nueva, y soltando las riendas á las pasiones mas desordenadas con la capa engañosa de filosofía ó de reforma? Bien presto sepultó la pública indignacion en el eterno oprobio estos enemigos de las buenas costumbres.

La persecucion despegaba á los verdaderos Cristianos de la tierra en donde se multiplicaban, porque así no se aficionaban á cosa alguna perecedera, y como tenian perpetuamente su alma

entre sus manos, se miraban como extranjeros en las naciones, y como el blanco de todos los tiros de la perversidad y del furor. El espíritu de desapropio, y por consiguiente la caridad que da vida á todas las virtudes, habian echado tan profundas raices en sus corazones, que dice San Justino que en su tiempo todavía se hallaban hermanos entre quienes todos los bienes eran comunes, y si los otros se reservaban la propiedad era con el fin de socorrer á los necesitados.

Es verdad que estas virtudes se fueron insensiblemente marchitando, porque la calma que se siguió á la tempestad ocasionó una especie de entorpecimiento en lugar de la vigilancia, y produjo una especie de relajacion. Por cincuenta años contados desde la muerte del Emperador Severo, dejaron sus sucesores que los fieles gozasen de una paz casi sin interrupcion, y se vieron entre ellos culpas y desórdenes que apenas se creerian si no las contara por menor un testigo ocular como San Cipriano. Los menores objetos de las reprensiones que este digno maestro de aquellos antiguos fieles hacia á muchos de ellos, son el lujo y el regalo, con todo el aparato de la mundanidad, los vanos adornos casi tan afectados en los hombres como en las mugeres, la frivolidad de las costumbres, y todos los síntomas de un pudor ya espirante. Los excesos de la envidia, los odios inveterados, la falta de fidelidad en toda especie de comercio, los fraudes, la calumnia y el perjurio se iban introduciendo entre los hijos de los santos, resfriándose la devocion en el mismo santuario. Olvidaban algunos aun en el santo ministerio las leyes de la caridad y de la justicia distributiva, el desinterés y la integridad: efectos naturales de la rápida inclinacion que arrastra al hombre al pecado. La mano que habia suspendido el curso

de esta inclinacion, la dejó despues obrar con tanto imperio, para mostrar que la conservacion y la institucion de la Iglesia son igualmente obra del cielo.

Pero los rigores de la persecucion de Decio, juntamente con el celo de los Pastores, reanimaron la fe y la piedad, reflorecieron las costumbres con la penitencia entre los sustos y los peligros. Se reprimió á los mismos confesores, los cuales con recomendaciones indiscretas solicitaban para los pecadores indulgencias escesivas y una reconciliacion precipitada. Prudente fortaleza, cuyo buen efecto manifestó que las promesas del Salvador eran estables, y que el mal no habia penetrado, como jamás podrá penetrar, hasta el fondo de la constitucion de la Iglesia. Pero á proporcion que se multiplicaron los pecados, se creyó que debía facilitarse mas la espiacion.

Para proporcionar el refugio á la penitencia y el abrigo á la inocencia, cuando la piedad cristiana en la calma inalterable cesando las persecuciones corrió mas peligro, algunas almas fuertes propusieron con particular inspiracion otro nuevo género de martirio, declarando incesante guerra á la codicia, á la torpeza y á todas las pasiones. Los primeros campos de batalla fueron para ellos los desiertos de Egipto y los de la Palestina. Antonio, despues de Pablo primer ermitaño; Pacomio guiado por un ángel á las tierras que el Nilo riega, y en las riberas del Jordan un Hilarion, discípulo de Antonio, fueron los padres y maestros de una infinidad de discípulos que esparcieron aquellos divinos institutos por todos los climas. De este modo aprendieron por todas partes á morir por Jesucristo sin el ministerio de los perseguidores, y á recoger las palmas proporcionadas á la constancia que pedia aquel vivir largo tiempo muertos á sí mismos los

mártires de la mortificación voluntaria, á quienes en muchos puntos honró el cielo con las mismas prerogativas que á las víctimas sangrientas de la impiedad. Se propuso el Señor abrir el camino al Evangelio con estos grandes egemplares entre los bárbaros sus vecinos, y determinó dar nueva fuerza á este mudo testimonio con la voz de los milagros. Acudían sin cesar numerosas tropas de infieles á la montaña de San Antonio, á la cabaña de San Hilarion, á la rústica gruta de San Afraates, en donde la mayor parte hallaba la salud de su alma y la del cuerpo.

Seria inútil cosa probar unos hechos que están consignados en los públicos monumentos de los mismos pueblos que habian sido testigos de vista. A pesar del cuidado con que aquellos humildes anacoretas procuraban ocultarlos, fue tanto el ruido de los hechos milagrosos, que llegaron á la noticia de los que eran señores del mundo. Supongo que no se habrá olvidado en qué términos escribió el grande Constantino á San Antonio, encomendando á sus oraciones la corona y la familia imperial. Teodosio no emprendió sus principales hazañas sin consultar á San Juan de Egipto. Eran tan familiares los milagros de San Hilarion que, por decirlo así, se le escapaban sin querer: á todas partes le iban siguiendo los enfermos y los afligidos, y se vió muchas veces precisado á mudar de habitacion, ó á pasar largo tiempo una vida errante por el temor del aprecio con que las gentes se obstinaban en perseguirle. Todos los sarracenos que habitaban al rededor del desierto de Farán en los confines del Egipto y de la Palestina, abrazaron el cristianismo, viendo los milagros y virtudes de San Moisés. ¿Mas para qué necesito de egemplos particulares? Nadie ignora que la fama de aquellos humildes taumaturgos era lo que ellos mas sentían, y que se que-

jabán sin cesar con amargura, porque les quitaban las delicias puras que habian ido á buscar en el retiro de la soledad. ¿No era milagro bien persuasivo y eficaz el modo de vivir de aquellos hombres celestiales? ¿Qué prodigio puede darse mas visiblemente divino que la constancia de un San Simeon y algunos otros Estilitas, que por larga serie de años vivieron de dia y de noche cada uno en su columna! ¿Qué milagro mayor que el triunfo de San Macario de Alejandría, el cual venció las necesidades mas imperiosas de la naturaleza, el hambre y el sueño! Este pasó de pie toda una cuaresma sin beber y sin comer otra cosa que algunas yerbas insípidas, y estas solamente los domingos. Otros solitarios veremos, que mirándose ya como muertos, no hablaron una palabra desde que entraron en su retiro hasta su muerte. Veremos tambien que muchos ni aun lugar de retiro tenían, y andaban errantes por los bosques y montes cargados de cadenas, viviendo, mejor diré, consumiéndose lentamente entre los animales, con los cuales pacian la yerba cuando ya no podían sostenerse contra el hambre. De aquí nació el nombre de pacedores que les dió la Persia, en donde vivieron para comunicar á los otros pueblos su misma admiracion. En la misma Constantinopla, y en otras partes no menos conocidas del imperio de Oriente, se verá como florecieron numerosas comunidades de monges Acemetas, que quiere decir no durmientes, llamados así, porque semejantes á los coros de los celestiales espíritus que nunca duermen, celebraban las divinas alabanzas de dia y de noche sin interrupcion.

Por otra parte, en las sociedades cristianas estaban tan en su vigor como las austeridades de la penitencia la mortificación del corazón, la negacion de sí mismo, y el despego de todas las

cosas de la tierra. Todas las virtudes que honran al Señor en espíritu y verdad y son el alma del cristianismo, resplandecian en todos los órdenes de fieles, tanto en los empleos mas eminentes, como en las lauras y los monasterios; de lo que hallaremos pruebas en lo que se sigue de nuestra narracion. Para no propasarnos en el curso de los siglos, nos contentaremos con traer á la memoria la generosidad para siempre memorable de trescientos Obispos, que en tiempo de los Donatistas, y en sola la Iglesia de Africa, fueron tan heroicos que cedian sus Sillas á estos cismáticos, con tal que conviniesen en restituir la paz á la Iglesia.

Confesemos no obstante, que la conversion y el poder del gran Constantino que sin duda influyeron en la estimacion de los Romanos y aun de los estrangeros para con la Religion Cristiana, contribuyeron mucho á sus progresos, y á su tranquilidad y esplendor; pero es constante, por lo que hasta aquí hemos visto, que ya antes estaba esparcida por todos los climas, y así no debe su establecimiento á la proteccion de este Emperador; mas como los Cristianos, bajo su Imperio tan feliz, no estaban reducidos á ocultarse, se pasmó el universo de verse como repentinamente Cristiano. Al punto se sintió esta misma Iglesia desolada por un cisma, cuando los Africanos rompieron los lazos de la unidad bajo la conducta de mas de cien Obispos. Mientras duró el Imperio de Constantino se aumentó el número y la audacia de los cismáticos, hasta que trastornado todo en las Iglesias de la tercera parte del mundo, dirigieron sus atentados contra la Silla Apostólica; pero allí encontraron su confusion y el principio de su ruina.

Al donatismo se agregó la formidable heregía de Arrio, y

el Príncipe religioso que aterró la idolatría, llegó á ser, sin saber cómo, el apoyo de una secta tan impía, y no menos peligrosa; porque trató como perturbador y casi como rebelde al mas digno defensor de la fe, el grande Atanasio. La verdadera Religion era la que mas queria; pero el extremo horror de las divisiones que retardaban sus progresos, como se las exageraban sin cesar los mas falsos prelados y doctores, fue el único principio de su peligrosa condescendencia. ¿Qué impresiones tan funestas no hizo este escándalo, que ponderaban en tiempo de su hijo y heredero Constanzo! Pero antes ¿qué prueba pudo haber mas visible de que Dios es celoso de su propia gloria, que la sobrevivencia de este Príncipe perseguidor sobre sus dos hermanos tan defensores de la verdadera fe? Pudiera persuadirse el hombre, despues de muchos reinados favorables á la Religion, que en las potestades de la tierra consistia su principal apoyo; y por esto en el reinado del hijo mas indigno de Constantino, el Señor, segun la prediccion del Evangelio, deja á Satanás el poder de agitar á los fieles, como se hace con el trigo en la criba, y permite una prueba mucho mas terrible que las de las violencias de los Césares enemigos del nombre Cristiano, porque al mismo tiempo que se preciaba de serlo, perseguia á la Iglesia. Tentacion nueva que prorrumpió en escesos hasta entonces desconocidos.

Entre todos los sectarios que hasta aquel tiempo se habian levantado, ningunos se podian comparar con los Arrianos en ciencia, en talentos, en virtudes aparentes y en cuanto puede acreditar á la seduccion y al engaño; pero especialmente en poder, en audacia y en el arte infernal de dar á la violencia el color del celo de la Religion. Los medios menos peligrosos que

aquellos Cristianos aduladores inspiraron á este Príncipe, fueron la pérdida de los bienes, de los empleos, de los honores, de la libertad y de la vida. Seducir á los Sacerdotes y á los Obispos, canonizar á los hipócritas y apóstatas, pervertir los Concilios, alterar el sagrado símbolo, estas fueron las máquinas de la páfida impiedad que pretendió, aunque en vano, despojar á la verdad de sus propiedades las mas inenagenables, y de todas sus naturales ventajas, para que no pudiese resistir con ellas á la mentira. Triunfó la Iglesia del artificio como de la violencia, disipó la verdad todas las nubes con que se cubria la seducción, y al fin convenció al universo cristiano, de que con sombra de piedad no se trataba de menos que de arrojar al Hijo del Eterno del seno de la divinidad, y de reducirle á la clase de pura criatura. Murió por último Constanzo; pero ya habia triunfado la fe antes de su muerte.

13 Todavía corrió peligro particular en tiempo del sucesor de este Príncipe. Se empeñó el Emperador Juliano en tomar un camino diferente del de Constanzo, y al principio mandó que cesase la persecucion de este. El Emperador apóstata que se habia criado en el seno del cristianismo, conocia que no podia prometerse destruirle con la fuerza, y desde luego se valió de los alhagos y páfidas caricias. Mandó llamar á todos los vasallos desterrados en el último reinado, así Católicos como hereges, contando con introducir en el seno de la Iglesia la confusion, la cizaña y todos los desórdenes que son las resultas naturales. Esperando despues que conseguiria mejor su intento sufocando la verdad en las tinieblas de la ignorancia, mandó cerrar las escuelas á los Cristianos y quemar todos sus libros, no permitiendo que fuesen sabios ni elocuentes; y siendo la facultad de

raciocinar y el talento de la palabra dones de la naturaleza de suyo independientes de la autoridad, llegaron á ser materia de la tiranía, y esta todavía halló colores para paliar estos torpes excesos. Porque decia el tirano en sus irónicas blasfemias: para los Galileos, adoradores del Crucificado, supuesto que deben creer en él sin meterse á discurrir, son inútiles los estudios y las ciencias. Estas convendrá reservarlas para los Helenistas: así llamaba á los Paganos, á los cuales colocaba en una religion ó un filosofismo digno de hallar en la apostasía su autor y sus restauradores. No hay duda que debia rendirse la Iglesia á estos ataques, si no fuera inespugnable; pero triunfó de estos lazos y estas sátiras, así como habia triunfado del cadalso y la cuchilla. No dejó de correr sangre en el Imperio de Juliano en mil ocasiones en que su filosofía no le correspondió, y aun esta parte del cuarto siglo debe mirarse en todos los aspectos como la edad del martirio.

Tal la hallará el que quiera seguir los progresos de la Religion entre los bárbaros, y particularmente entre los Persas. Verá un Sapor, un Isdegerde y un Cosroas, comparables á Neron, á Domiciano y á los dos Maximianos. El pudor y la humanidad igualmente se resisten á oír la relacion circunstanciada de la persecucion de Sapor. Se verá otro perseguidor subyugar en Arabia una ciudad y todo un pueblo cristiano, que no habia podido pervertir, romper todo el derecho de gentes, degollar al Gobernador y á los principals ciudadanos, reducir los jóvenes á la esclavitud, y encender despues una inmensa hoguera, abrasando en ella los Sacerdotes, los monges, y por último las vírgenes consagradas á Dios, y no faltar la fe en una sola persona. Los vándalos escedieron á estas atrocidades impías en

la vasta estension del África. Por último, en todas las tierras en donde prevaleció la fe cristiana fue regada con sangre, y de esta sangre sacó su principal fecundidad.

Pero despues que echó profundas raices se vió un nuevo órden de providencia de Dios para con la Iglesia. Los milagros destinados, segun el Apóstol, á la conversion de los infieles, los milagros tan multiplicados para la publicacion del Evangelio, llegaron despues á ser mucho menos frecuentes. Para los domésticos de la fe, que son los fieles, bastaban las profecías ó el depósito de la revelacion escrita ó transmitida, y declarada por la tradicion, con las gracias y dones regulares del Espíritu Santo; y así jamás brillaron los sagrados intérpretes, ó los santos Padres y Doctores con tanto esplendor como en el cuarto y quinto siglo, como muy presto lo reconoceremos. Pero la Iglesia esencialmente militante en este mundo, debe hallar en él combates que sufrir en todas sus situaciones, y enemigos envidiosos de todos sus adelantamientos. Inmediatamente despues que se deshizo la idolatría, opuso el infierno el abuso y corrupcion contra la pureza luminosa de la doctrina. Bien que la suerte del arrianismo parecia que habia desconcertado para siempre la perfidia herética, porque el nombre de Arriano se desacreditó y era un oprobio, diciéndole por todas partes anatema; mas el arrianismo resucitó y se presentó bajo mil nuevas y diferentes formas, y salió á la palestra mas aguerrido que antes bajo la conducta de Eunomio, Aecio y Macedonio, los cuales parecia que habian aplaudido su ruina.

Mucho tiempo despues Nestorio, sin parecer que pretendia aniquilar la divinidad de Jesucristo, vino separando al Hijo de Dios del Hijo de la Virgen. Con ser un lazo tan mal armado,

veremos que sorprendió ó hizo titubear á Obispos sabios y piadosos. ¡Qué Doctor fue Teodoreto de una fe por tan largo tiempo sospechosa! ¡Qué Pastor aquel Alejandro de Jerápolis, á quien el largo egercicio de las virtudes mas pasmosas no preservó de la obstinacion mas horrible! Pero qué impresion no hicieron sus peligrosos egemplos! Si Arrio superó á Nestorio en la estension y rapidéz de la seduccion, este se hizo unos secuaces mucho mas obstinados, y adquirió para su secta un crédito y una consistencia que todavía se sostiene en las estremidades de la Iglesia oriental, y aun se la vuelve á encontrar en algunas provincias occidentales con nombres y formas diferentes; esto es, con las variaciones que llevan impreso el sello del espíritu de novedad que tuvo por principio.

La heregía de Eutíques, comparable con las dos primeras en duracion y en estension, tuvo hasta la autoridad de un Concilio, que al principio se comunicó como ecuménico, y fue venerado por otras apariencias hasta que se vieron sus prevaricaciones, y se llamó el latrocinio. No parece que pudiera la Iglesia experimentar asaltos mas terribles que los de un partido, que tenia á su frente el Obispo de la segunda Silla con el nombre de uno de aquellos solitarios canonizados, por decirlo así, en vida, y famoso por su celo contra los enemigos de la fe, como el mas poderoso arquimandrita, que bajo sus leyes contenia un pueblo de celadores austéros los mas apegados á las impresiones que una vez recibian, y los mas eficaces en esparcirlas. Todavía corrió la Religion mayores peligros por parte de Pelagio, enemigo disimulado y tanto mas temible cuanto menos lo parecia. Las otras heregías encarnizadas, por decirlo así, contra el cuerpo mismo de la Iglesia, advertian á lo menos con sus al-